

BOLETÍN OFICIAL DEL ARZOBISPADO DE TOLEDO



ÍNDICE

Sr. Arzobispo

I. Carta Pastoral

-Una casa que se hace Iglesia por la fe. Carta Pastoral para el curso 2012-13.... 249

II. Escritos dominicales

-La preocupación de la Iglesia, el 2 de septiembre..... 273

-Nuestra Señora, el 9 de septiembre..... 274

-La alegría de nuestra fe, el 16 de septiembre..... 275

-La alegría de nuestra fe: Dios Padre (1), el 23 de septiembre..... 277

-La alegría de nuestra fe: Dios Padre (2), el 30 de septiembre..... 278

II. Homilias

-Inauguración del Curso Académico 2012-2013 en el Instituto Teológico San Ildefonso y en el Instituto de Ciencias Religiosas Santa María de Toledo..... 280

Secretaría General

I. Decretos

Aprobación de Estatutos:

-Hermandad de San Roque, de Villanueva de Alcardete..... 285

-Hermandad de la Santa Cruz y de Santa Elena, de Ocaña..... 286

-Hermandad del Santísimo Cristo de la Viga, de Ugena..... 287

II. Nombramientos..... 288

Año CLXVI - Núm. 8

Septiembre 2012

ARZOBISPADO DE TOLEDO

BOLETÍN OFICIAL

Dirección y Administración: Arco de Palacio, 3. Teléfono 925 224100

Depósito legal TO. 3 - 1958

SR. ARZOBISPO

I. CARTA PASTORAL

UNA CASA QUE SE HACE IGLESIA POR LA FE

Carta Pastoral para el Curso 2012-2013

PRIMERA PARTE LLAMADOS A EVANGELIZAR

En definitiva, ¿qué dice la Escritura? *La palabra está cerca de ti: la tienes en los labios y en el corazón. Se refiere a la palabra de la fe que anunciamos. Porque, si profesas con tus labios que Jesús es el Señor, y crees con tu corazón que Dios lo resucitó de entre los muertos, serás salvo (...)* Pues dice la Escritura: *Nadie que crea en Él quedará confundido (...)* En una palabra, *todo el que invoque el nombre del Señor será salvo. Ahora bien, ¿cómo invocarán a Aquel en quien no han creído?; ¿cómo creerán en Aquel de quien no han oído hablar?; ¿cómo oirán hablar de Él sin nadie que anuncie? Y ¿cómo anunciarán si no los envían? Según está escrito: ¡Qué hermosos los pies de los que anuncian la Buena Noticia del bien! (Rom 10,8-9.11.13.14-15)*

1. ¡Luminosas palabras, pero inquietantes! Luminosas porque nos dicen que la fe cristiana no es sólo una doctrina, una sabiduría, un conjunto de normas morales, una tradición. La fe cristiana es un encuentro real, una relación viva con Jesucristo. “Transmitir la fe significa crear en cada lugar y en cada tiempo las condiciones para que este encuentro entre los hombres y Jesús se realice” (Sínodo de Obispos, XIII Asamblea general ordinaria 2012, *Instrumentum*

laboris, 18). Luminosas son igualmente estas palabras de san Pablo, porque lo que hay que anunciar es muy diáfano: proclamar que Jesús es el Señor y creer que Dios Padre le ha resucitado de entre los muertos.

Pero también son palabras inquietantes, porque en ocasiones se habla entre nosotros de la resurrección de Cristo de forma confusa, **o porque no se ha anunciado a una Persona viva, se ha callado lo esencial cristiano**, nos da miedo hablar y ser testigos, nos guardamos el tesoro que tenemos en nuestras manos: el Evangelio de nuestro Señor Jesucristo. Seguimos pensando en la fe como una decisión ética o una gran idea, o “lo de toda la vida”, y no en “un encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (Benedicto XVI, *Deus caritas est*, 1). Este encuentro con Jesucristo, gracias a la acción del Espíritu Santo, en la que podemos cooperar, es el gran don del Padre de los cielos a la Humanidad.

2. Seguimos pensando que todo sigue igual, que no necesitamos hacer más que lo que hemos hecho hasta ahora en la tarea pastoral de parroquias y comunidades cristianas. ¿Para qué tanto hablar de “evangelizar”, de “nueva evangelización”? ¿No será otra moda que pasará? ¿Por qué insistir tanto en la Iniciación Cristiana y un nuevo Directorio que contempla itinerarios diferentes? ¿La gente no se cansará de oír constantemente que hay que convertirse a Cristo? La respuesta a estas preguntas es sencilla: porque la tarea de la Iglesia consiste en realizar la “entrega del Evangelio”, esto es, **el anuncio y la transmisión del Evangelio**, que “es fuerza de Dios para la salvación de todo el que cree” (Rom 1,16) y que, en última instancia, se identifica con Jesucristo mismo (cf. 1 Cor 1,24).

3. Es verdad: “Jesús mismo, Evangelio de Dios, ha sido el primero y el más grande evangelizador”, como decía Pablo VI (EN 7). Pero Jesucristo es una tradición concreta. No es un acontecimiento casual. Por eso es vital que los hijos de la Iglesia asumamos que “desde el principio Jesús quiere involucrar a los Doce en su acción: es una especie de *aprendizaje* en vista de la gran responsabilidad que les espera. El hecho de que Jesús llame a algunos discípulos a colaborar directamente en su misión manifiesta un aspecto de su amor: esto es, Él no desdeña la ayuda que otros hombres y mujeres puedan dar a su obra; conoce sus límites, sus debilidades, pero no los desprecia; es más, les confiere la dignidad de ser sus enviados” (Benedicto XVI, homilía en Frascati, 15 de julio de 2012).

Ciertamente que Jesús busca en sus enviados desprendimiento y no estar apegados al dinero o a la comodidad. También advierte a los discípulos que no recibirán siempre una acogida favorable: serán rechazados e incluso pu-

eda ser que les persigan. Pero eso no les debe impresionar: deben hablar en nombre de Jesús y predicar el reino de Dios, sin preocuparse de tener éxito. El éxito se lo dejan a Dios.

4. Pero, ¿no está ya hecha esta evangelización? ¿No hace ya muchos siglos que somos cristianos? A quienes piensan así, yo les haría las siguientes preguntas: ¿Somos cristianos realmente? ¿No se necesitan nuevos cristianos convencidos y preparados para que anuncien el Evangelio que cambia la vida de las personas, y de este modo nuestra sociedad deje de estar tan despistada, desorientada, sin grandes relatos que den sentido a la vida de nuestros contemporáneos y sin haya en el horizonte signos de por dónde hay que avanzar? Nuestra sociedad española está inquieta, no sabe qué pensar, pues los grandes progresos que creía haber conseguido se vienen abajo. Crece el desasosiego. Lo cual quiere decir que en nuestros días el anuncio del Evangelio en nuestro país, en Toledo, **es mucho más complejo que en el pasado**. Sin embargo, la tarea confiada a la Iglesia permanece en realidad idéntica a aquella de sus comienzos. Pero donde hoy vive la Iglesia las gentes han cambiado, hay condiciones nuevas de vida. ¿Cómo, pues, hay que dar razón de nuestra fe a los que parece que Dios ni Jesucristo, su Hijo, les interesan, cuando el contexto ha cambiado de modo notable y no faltan actitudes críticas incluso simplemente cuando hablamos de “evangelización”, porque consideran que ésta es un proselitismo insufrible para una sociedad “madura”?

5. ¿Quién no ha verificado que, aunque tantas transformaciones en nuestro mundo hayan significado beneficios innegables y sean estímulos que dan esperanza, también se ha dañado la fe de las personas? “Se ha verificado una pérdida preocupante del sentido de lo sagrado, que incluso ha llegado a poner en tela de juicio los fundamentos que parecían indiscutibles, como la fe en un Dios creador y providente, la revelación de Jesucristo único salvador y la comprensión común de las experiencias fundamentales del hombre como nacer, morir, vivir en una familia y la referencia a una ley natural” (Benedicto XVI, Carta Apostólica *Ubicumque et Semper*, septiembre de 2010).

6. Queridos hermanos: hoy no debemos apelar simplemente a la herencia cristiana, por ejemplo de Europa, de España o de nuestra Diócesis; hay que alcanzar de nuevo la capacidad de decidir sobre el futuro a partir precisamente de un encuentro con la persona y el mensaje de Jesucristo. **De lo contrario, la fe cristiana se irá apagando poco a poco**. La nueva evangelización no es una moda, sino que debe responder a una pregunta que nosotros, como Iglesia, debemos formularnos con coraje y rigor, si queremos dar un nuevo impulso a nuestra vocación espiritual y misionera. “Es necesario que las co-

munidades cristianas, que actualmente están sometidas al influjo de fuertes cambios sociales y culturales, encuentren las energías y los caminos para volver a aferrarse sólidamente a la presencia del resucitado que las anima desde adentro. Es necesario que las comunidades cristianas se dejen guiar por el Espíritu, que vuelvan a gustar de modo renovado el don de la comunión con el Padre, que vivan en Jesús y vuelvan a ofrecer a los hombres la propia experiencia como un don valioso que ellas poseen” (Sínodo de los Obispos, XIII Asamblea general ordinaria 2012, *Instrumentum laboris*, 46).

7. Ahora tal vez podamos entender mejor qué es la nueva evangelización. No es, por supuesto, una simple voluntad de transformación social o cultural. Allí donde, como Iglesia, “damos a los hombres sólo conocimientos, habilidades, capacidades técnicas e instrumentos, les damos demasiado poco” (Benedicto XVI, homilía en Múnich, 10 de septiembre de 2006). El motor que mueve la evangelización **es el amor de Cristo para la salvación eterna de los hombres**. Los genuinos evangelizadores desean sólo dar gratuitamente lo que ellos mismos gratis recibieron. Quiera Dios que el encuentro con Cristo vivo sea experimentado con toda su fuerza por muchos hombres y mujeres, pues entonces sí veríamos cambios en nuestra sociedad y los pobres serían los preferidos y las estructuras de nuestra sociedad política respetarían más la dignidad de toda persona. Sí, la experiencia profunda concedida a cada hombre y mujer de sentirse amados por Dios y de aprender a reconocerlo en el rostro del Padre amoroso y lleno de compasión, que nos descubre Lc 15, **traería un vuelco en las relaciones humanas**. Eso es una nueva evangelización: la capacidad por parte de los que formamos la Iglesia de vivir de modo renovado la propia experiencia comunitaria de la fe y del anuncio dentro de las nuevas situaciones culturales que se han creado en las últimas décadas. Todos notamos que algo ha cambiado en nuestra sociedad, pero nos sabemos cómo definirlo y menos cómo encarar mejor la nueva situación. La Iglesia, sin embargo, confía en Cristo.

8. Ha sido valiente, pues, el Papa Benedicto, no sólo para convocar un Sínodo mundial de Obispos en octubre de 2012, cuyo contenido será “La nueva evangelización para la transmisión de la fe cristiana”, sino para proclamar un Año de la Fe, que, comenzando el 11 de octubre de 2012, día en que se cumplirán 50 años del comienzo del Concilio Vaticano II, recorrerá prácticamente el año 2013.

Me gustaría participar, como Obispo de esta Iglesia de Toledo, de esta valentía del Papa. También os invito yo a ser valientes. ¿Valientes para qué? **Para proclamar la fe de Jesucristo, como realidad valiosísima para atravesar la andadura de estos años apasionantes, pero nada**

fáciles. En nuestra Iglesia toledana hay bellísimos ejemplos de familias cristianas, grupos apostólicos, personas e instituciones comprometidas con los más pobres, parroquias vivas, jóvenes comprometidos con su fe, personas consagradas fervorosas y al servicio de los demás, sacerdotes que trabajan sin descanso en la variadísima tarea pastoral. Pero os digo que es necesario más: una nueva evangelización con más vigor y rigor, siendo más conscientes de la secularización de la comunidad cristiana y, claro está, de los ámbitos donde la fe no llega a los jóvenes, a las familias, a tantos que piensan que la Iglesia debe ser silenciada o que su influencia no ha de ser percibida en las grandes cuestiones humanas. **Os llamo a evangelizar**, a que Cristo y su Evangelio se hagan vida en nosotros, para ser capaces de dar luz nueva, porque somos en Cristo luz, y a ser sal que dé sabor a tantas realidades humanas a las que Cristo puede llegar y no llega hoy.

9. Hace ya muchos años que el Papa Pablo VI escribía estas palabras serias y profundas, totalmente actuales para nosotros: “No sería inútil que cada cristiano y cada evangelizador examinasen en profundidad, a través de la oración, este pensamiento: los hombres podrán salvarse por otros caminos, gracias a la misericordia de Dios, si nosotros no anunciamos el Evangelio; pero ¿podremos nosotros salvarnos si por negligencia, por miedo, por vergüenza –lo que san Pablo llamaba avergonzarse del Evangelio–, o por falsas ideas omitamos anunciarlo?” (EN 80).

10. Merece, pues, la pena sentirse convocados por el Papa en el Año de la Fe. Sentirse convocados significa confesar la fe, tener muy dentro que la humanidad necesita de esta fe, es decir, de Jesucristo. La Carta Apostólica del Papa Benedicto XVI en la que él anuncia que ha decidido convocar un *Año de la Fe* es un texto que muestra en el Papa una decisión no sólo valiente, sino también audaz, de maestro de la fe, de clarividencia. Leer, por ello, *Porta Fidei*, que así se llama la Carta publicada el 11 de octubre de 2011, es un ejercicio de buen católico, una lectura que nos separará de tantos programas “salvadores” que circulan en nuestra sociedad. Yo únicamente quiero subrayar algunos puntos que me parecen significativos para el propósito de esta carta pastoral.

11. *Porta Fidei* muestra, en primer lugar, que, una vez atravesada la puerta de la fe, el corazón se deja plasmar por la gracia que transforma. Seguir a Jesucristo es un camino que dura toda la vida, camino que empieza con el Bautismo y que es iluminado por la alegría y el entusiasmo que da el renovado encuentro con Cristo en la vida humana. La fe es dinámica, realidad viva en mí que da colorido a la existencia; **no es un presupuesto obvio de la vida de nuestra sociedad actual.** Es más, ese presupuesto es incluso negado, a

veces también desde las comunidades cristianas. De manera que la sal es sosa y la luz ocultada. Creer en Jesucristo es, por tanto, el gran negocio, el modo definitivo para poder llegar a la salvación y realización de las aspiraciones verdaderamente humanas.

12. Hace 50 años que empezó el Concilio Vaticano II; Benedicto XVI hace suyas unas palabras del Beato Juan Pablo II, cuando afirmaba que los textos dejados en herencia por los Padres conciliares “no pierden su valor y su esplendor”: “Siento más que nunca el deber de indicar el Concilio como *la gran gracia de la que la Iglesia se ha beneficiado en el siglo XX*. Con el Concilio se nos ha ofrecido una brújula segura para orientarnos en el camino del siglo que empieza” (Juan Pablo II NMI, 57). También digo yo, sobre todo a las nuevas generaciones de sacerdotes y fieles laicos, que “Si lo leemos y acogemos guiados por una hermenéutica correcta, puede ser y llegar a ser cada vez más una gran fuerza para la renovación siempre necesaria de la Iglesia” (Benedicto XVI, Discurso a la Curia Romana, 22 de diciembre de 2005).

13. En el mundo en que vivimos a los cristianos no nos creerán si el anuncio de la fe no va unido al testimonio en una existencia creíble. Debemos ser conscientes de que peregrinamos “en medio de las persecuciones del mundo y los consuelos de Dios”. Por eso, nunca debemos dejar de anunciar la cruz y la resurrección del Señor hasta que vuelva (cf. 1 Cor 11,26). Pero, aunque no seamos perfectos, hemos de evangelizar, porque con su amor Jesucristo atrae a sí a los hombres y mujeres de cada generación. Nunca debe faltar, pues, el compromiso misionero, en la misión “*ad gentes*” y aquí en nuestros ambientes. Los creyentes “se fortalecen creyendo” y la fe se hace más fuerte dándola a los demás.

14. Todo creyente, además, debe aspirar a “*confesar la fe*” con prontitud y renovada convicción. ¿Cómo? Celebrando la fe en la Liturgia de la Iglesia. **No puede subsistir una fe oxidada, con la herrumbre de la falta de práctica.** Recuerda Benedicto XVI que los cristianos en los primeros siglos estaban obligados a aprender de memoria el Credo, para no olvidar el compromiso de su Bautismo. Evidentemente existe una unidad profunda entre el acto con el que se cree y los contenidos a los que prestamos nuestro asentimiento: “con el corazón se cree y con los labios se profesa la fe”, dice Rom 10,10. Profesar con la boca, sin embargo, indica que la fe implica un testimonio y un compromiso público. El conocimiento de la fe introduce, dice el Papa, en la totalidad del misterio salvífico revelado por Dios.

15. Muchas veces olvidamos que la profesión de fe es un acto personal

y, al mismo tiempo, comunitario, pues el primer sujeto de la fe es la Iglesia. Cada uno de nosotros cree, pero en la fe de la comunidad cristiana cada uno recibe el Bautismo, signo eficaz de la entrada en el pueblo de los creyentes para alcanzar la salvación. Por eso es tan importante el conocimiento de los contenidos de la fe para dar el propio *asentimiento*, es decir, para adherirse a lo que propone la Iglesia. En este sentido, para acceder a un conocimiento sistemático del contenido de la fe está el Catecismo de la Iglesia Católica, subsidio preciso e indispensable de apoyo a la fe en estas circunstancias de tanta ambigüedad y desorientación.

16. Pero no olvida el Papa otro elemento necesario para la fe: el testimonio de la caridad. “¿De qué le sirve a uno, hermanos míos, decir que tiene fe, si no tiene obras? ¿Podrá acaso salvarlo esa fe? Si un hermano o una hermana andan desnudos y faltos de alimento diario y alguno de vosotros les dice: *Id en paz, abrigaos y saciaos*, pero no le da lo necesario para el cuerpo, ¿de qué le sirve? Así también la fe: si no se tienen obras, está muerta por dentro. Pero alguno dirá: Tú tienes fe y yo tengo obras, muéstrame esa fe tuya sin la obras, yo con mis obras te mostraré mi fe” (St 2,14-18). Es éste un texto tan elocuente que nos indica directamente que aquellas palabras del Señor “Cada vez que lo hicisteis con uno de éstos, mis hermanos más pequeños, conmigo lo hicisteis” (Mt 25,40) son una advertencia que no se ha de olvidar nunca; menos aún en el contexto en que vivimos hoy.

17. “A lo largo de este Año, dice el Papa también, será decisivo volver a recorrer la historia de nuestra fe, que contempla el misterio insondable del entrecruzarse de la santidad y el pecado” (...) Durante este tiempo, tendremos la mirada fija en Jesucristo, *que inició y completa nuestra fe* (Heb 12,2): en Él encuentra su cumplimiento todo afán y todo anhelo del corazón humano. La alegría del amor, la respuesta al drama del sufrimiento y el dolor, la fuerza del perdón ante la culpa recibida y la victoria de la vida ante el vacío de la muerte, todo tiene su cumplimiento en el misterio de su Encarnación, de su hacerse hombre, de su compartir con nosotros la debilidad humana para transformarla con el poder de su resurrección. En Él, muerto y resucitado por nuestra salvación, se iluminan plenamente los ejemplos de fe que han marcado los últimos dos mil años de nuestra historia de salvación” (*Porta Fidei*, 13).

He querido citar este espléndido documento del Papa porque vale por sí mismo para ponernos a todos en marcha, manos a la obra de la evangelización. Es el servicio fundamental que ofrece la Iglesia. Ciertamente éste es también el primer servicio que siempre han de ofrecer los distintos responsables de la comunidad cristiana, empezando por los padres, que en su familia cumplen la misión educativa de la fe con sus hijos; pensemos igualmente en los párrocos,

que son responsables de la formación en la comunidad; en todos los sacerdotes y religiosos y en los fieles laicos, involucrados en el servicio formativo con jóvenes; y en los adultos, como responsables de grupos y movimientos apostólicos; o los comprometidos en ambientes sociales en la vida pública. **El Señor llama a todos**, distribuyendo diferentes dones para diferentes tareas en la Iglesia.

18. Pero permitidme que fije ahora mi mirada en la familia cristiana, “iglesia en pequeño”, como ámbito especial e incomparable para la Iniciación Cristiana de sus hijos. Merece la pena, en este caso, extendernos más. Nuestro Plan Diocesano de Pastoral, recuerdo, gira todo él en torno a una idea central: la nueva evangelización, pero dando máxima importancia a la familia cristiana, “iglesia doméstica”, que juega precisamente un papel decisivo en la Iniciación Cristiana. Nadie lo puede hacer mejor cuando se trata de *hacer nuevos cristianos*. Hay razones obvias.

19. Quiero desarrollar, por ello, en la segunda parte de mi carta pastoral para el curso 2012-2013, estas razones. Comienzo recordando unas palabras de Benedicto XVI en aquel inolvidable V Encuentro mundial de las familias que, en julio de 2006, muchos de vosotros vivisteis: “El lenguaje de la fe se aprende en los hogares donde esta fe crece y se fortalece a través de la oración y de la práctica cristiana (...) Pero en los momentos en que parece se oculta el rostro de Dios, creer es difícil y requiere un gran esfuerzo. Este encuentro da nuevo aliento para seguir anunciando el *Evangelio de la familia*, reafirmar su vigencia e identidad, y donde se acompaña a los hijos en su crecimiento corporal y espiritual (...) La familia es una escuela de humanización del hombre, para que crezca hasta hacerse verdaderamente hombre (...) La criatura concebida ha de ser educada en la fe, amada y protegida. Los hijos, con el fundamental derecho a nacer y ser educados en la fe, tienen derecho a un hogar que tenga como modelo el de Nazaret”.

SEGUNDA PARTE

“UNA CASA QUE SE HACE IGLESIA. UNA IGLESIA QUE ES UNA CASA”

“¿De dónde voy a sacar la fuerza para descubrir de manera satisfactoria la dicha del matrimonio que celebra la Iglesia, que confirma la ofrenda, que sella la bendición?... ¡Qué matrimonio el de dos cristianos, unidos por una sola esperanza, un solo deseo, una sola disciplina, el mismo servicio! Los dos hijos de un mismo Padre, servidores de un mismo Señor; nada los separa, ni en el espíritu ni en la carne, al contrario, son verdaderamente dos en una sola carne. Dónde la carne es una, también es uno el espíritu”.¹

20. Esta impresionante confesión de Tertuliano, nos hace caer en la cuenta de la profundidad que el matrimonio recibe en la Iglesia. No es extraño, pues, que el Concilio hiciera hincapié en el concepto de familia como “Iglesia doméstica”, que, por otra parte, gozaba ya de carta de ciudadanía en la Iglesia. Sin embargo, ha sido puesto mucho más de relieve en los documentos conciliares. Pablo VI, Juan Pablo II y el Papa actual, Benedicto XVI, han aprovechado su ministerio petrino para acercarnos a la familia cristiana **desde este punto de vista muy ventajoso por rico.**

I. Familia, Iglesia Doméstica

21. El n.º. 11 de *Lumen gentium* (documento fundamental del Concilio) desarrolla el tema de la familia como “Iglesia doméstica” (en latín, *ecclesiola*) y explica también cómo la comunidad sacerdotal, que es todo el Pueblo de Dios, actualiza su carácter sagrado y se estructura como organismo por medio de los sacramentos y las virtudes. Cuando describe cómo acontece eso en el sacramento del Matrimonio, el Concilio dice:

“Finalmente, los esposos cristianos con la fuerza del sacramento del matrimonio, por el que representan y participan del misterio de

¹ Tertuliano; AD UXOREM, 2, 9).

*la unidad y del amor fecundo entre Cristo y la Iglesia (cf. Ef. 5, 32), se ayudan mutuamente a santificarse con la vida matrimonial y con la acogida y educación de los hijos. Por eso tienen en su modo y estado de vida su carisma propio (...) En esta especie de Iglesia doméstica los padres han de ser los primeros anunciadores de la fe con su palabra y con su ejemplo*².

En el decreto que el Concilio dedica al Apostolado de los fieles laicos, recogiendo la idea anterior, dice bellamente:

*“La misión de ser la célula primera y vital de la sociedad la ha recibido la familia directamente de Dios. Cumplirá, por tanto, esta misión si, mediante el afecto entre sus miembros y la oración hecha a Dios en común, se muestra como un santuario doméstico de la Iglesia; si la familia entera se incorpora al culto litúrgico de la Iglesia; si, finalmente, la familia practica activamente la hospitalidad y promueve la justicia y las demás obras buenas al servicio de todos los hermanos que padecen necesidad*³.”

22. Hay, pues, un sentir cristiano, **que es vivir esa rica realidad de la familia como una experiencia de lo que es la Iglesia**; lo cual ha acuñado esa expresión de **Iglesia doméstica**. ¿Qué significará para la familia entenderse como iglesia doméstica?

Decía Pablo VI en 1970, en el rezo del Ángelus: “Y los padres, ¿dónde están? ¿No son ellos los primeros maestros de sus hijos? Sí, ellos *están asociados a las responsabilidades y al ministerio de la Iglesia* para iniciar a sus hijos en la fe y en la oración”. Muy interesante esa rotundidad con la que el Papa dice que los esposos se parecen a la Iglesia entera en el iniciar en la fe y la oración. La familia, pues, *“ha merecido muy bien (...) el hermoso nombre de “iglesia doméstica”. Esto significa que, en cada familia cristiana, deberían reflejarse los diversos aspectos de la Iglesia entera. Por otra parte, la familia, al igual que la Iglesia, debe ser un espacio donde el Evangelio es transmitido y desde donde éste se irradia”* (EN 71).

23. Vayan fijando la atención en estas palabras y expresiones del Papa, Pablo VI, porque lo que están indicando es sencillamente que la familia cristiana constituye una pequeña Iglesia, un “elemento” de la construcción de la única y universal Iglesia, como es todo el Cuerpo Místico de Cristo.

2. L.G. 11.

3. A.A. 11.

A mi modo de ver, que la familia sea considerada una “Iglesia doméstica”, o una Iglesia en pequeño (ecclesiola) quiere decir nada menos que la familia es una imagen viva y una representación histórica del misterio de la Iglesia. Juan Pablo II lo describía de este modo: *Entre los cometidos fundamentales de la familia cristiana se halla el **eclesial**, es decir, que ella está puesta al servicio de la edificación del Reino de Dios en la historia, mediante la participación en la vida y misión de la Iglesia* (FC 49).

24. “Haced de vuestra casa una iglesia”, recomendaba a sus fieles san Juan Crisóstomo. Y al día siguiente repetía: “Cuando ayer os dije: haced de vuestra casa una iglesia, prorrumpisteis en aclamaciones de júbilo y manifestasteis de manera elocuente cuanta alegría inundó vuestra alma al escuchar estas palabras”⁴.

25. ¿Desempeñará también la familia estos tres servicios en el hogar cristiano? Si los esposos cristianos, miembros de la Iglesia por su Iniciación Cristiana y, además, unidos por el sacramento del matrimonio, viven su vocación, hay que responder a la pregunta afirmativamente.

26. Yo deduzco esto de las siguientes palabras de Juan Pablo II en Nagasaki (1981): “Quiero exhortar a cada familia cristiana del Japón a ser verdaderamente una «Iglesia doméstica»: un lugar donde se dé gracias y alabanza a Dios, un lugar donde su palabra sea escuchada y su ley obedecida, un lugar donde se eduque para la fe y donde la fe se alimente y se fortalezca, un lugar de caridad fraterna y de mutuo servicio, un lugar de apertura a los demás, especialmente a los pobres y necesitados”. E insiste el Papa en otro momento: “No privéis a vuestros hijos de su legítimo patrimonio humano y espiritual. Instruirlos sobre Dios, habladles de Jesús, de su amor y de su Evangelio. Enseñadles a amar a Dios y a respetar sus mandamientos en la conciencia clara de que ellos son, ante todo, sus hijos. Enseñadles a rezar. Enseñadles a ser personas maduras y responsables, ciudadanos honrados de su país. Es un privilegio estupendo, una obligación grave, una misión maravillosa que habéis recibido de Dios. Con el testimonio de vuestras vidas cristianas, los preparáis a asumir su legítimo lugar en la Iglesia de Cristo” (Homilía en Perth, Australia, 30 de noviembre de 1986).

27. Los cristianos que se unen en el Señor lo hacen con el sacramento del matrimonio. El Catecismo de la Iglesia Católica dice que el Matrimonio y el Orden sacerdotal son sacramentos al servicio de la comunidad, porque

4. In gen ser. VI, 2; VII, 1; PG 607ss .

aunque contribuyen ciertamente a la propia salvación, esto lo hacen mediante el servicio que prestan a los demás, confieren una misión particular en la Iglesia y sirven en la edificación del Pueblo de Dios (Catecismo de la Iglesia Católica, 1534).

La familia, que nace de este sacramento, es una iglesia doméstica o iglesia en pequeño en la que los cónyuges (y el resto de los miembros de la familia) *están asociados a la responsabilidad y al ministerio de la Iglesia y a las tres grandes acciones de las que hemos hablado anteriormente*. Son numerosísimos los textos de teólogos, de catequistas, de personas dedicadas al apostolado familiar y, por supuesto, de los últimos Papas, que exponen cómo los cónyuges y la familia entera debe jugar un papel en el despertar religioso de los hijos pequeños, en el proceso catequético de los hijos según vayan creciendo en la educación en la fe. El papel y el derecho insustituible e inalienable de los padres en la educación de sus hijos en general y, por tanto, en la educación en la fe es subrayando justamente. Como la familia es una sociedad natural, que existe antes que el Estado o cualquier otra comunidad y posee unos derechos propios que son inalienables, “por el hecho de haber dado la vida a sus hijos, los padres tienen el derecho originario, primario e inalienable de educarlos; por esta razón ellos deben ser reconocidos como primeros y principales educadores de sus hijos” (Carta de los Derechos de Familia, octubre 1983, Art. 5).

28. En lo que yo he leído, toda la acción de la familia que tiene que ver con el ámbito de la Palabra (anuncio del Evangelio, despertar religioso de los niños, catequesis, educación en la fe en general) ha sido tratada con mucha profusión. Menos los otros dos aspectos (Liturgia y realización o vivencia de la caridad o aspecto social de la fe) en los que la familia, iglesia doméstica, ha de ser un reflejo de la gran Iglesia. Sin duda que en muchas de las citas de los Papas que hemos traído aquí se pueden deducir perfectamente estos otros dos aspectos.

29. Yo quisiera desarrollar ahora un poco por extenso lo que hace relación a la familia y la vida litúrgica, que tanto influye, como es lógico, en todo el campo del anuncio del Evangelio y educación en la fe y en la vivencia de la caridad de Cristo.

II. Preparación y prolongación en el ambiente doméstico de la Liturgia de la Iglesia

30. Es conocido suficientemente cómo el descubrimiento de aspectos de la tradición cristiana ha estado en la base de la reforma litúrgica que ha promovido el Concilio Vaticano II. La famosa “vuelta a las fuentes” más primitivas ha sido un eje de esta reforma. Se ha tenido mucho más en cuenta

el carácter histórico que tiene la Iglesia. Así, en los principios de la andadura de las primeras comunidades cristianas es el hogar el origen y el punto de partida de la evangelización y de la formación de una comunidad cristiana a partir de un grupo de familias y de amigos. No tiene, pues, que extrañar que la Iglesia primitiva fuera entendida *como un seno, un hogar, una gran familia de hermanos*.

31. Por otro lado, este es uno de esos casos en los que la Iglesia ha recibido una gran influencia de la tradición judía en la que nace. Somos más dependientes de esta tradición, nacida en el pueblo de la primera alianza, de lo que a veces pensamos. En la familia judía tenía lugar, por ejemplo, la circuncisión de los niños a los ocho días de nacer. Y esta era una liturgia fundamental. Traer al mundo un recién nacido no era solamente asegurar la continuidad de una familia, ni reforzar con un lazo viviente el amor de sus padres. La circuncisión era el signo de la Alianza y de pertenencia al pueblo elegido. Aunque se pueda considerar el valor de la bendición a los hijos, la invocación en este acto del Dios de Abraham, Dios de Isaac y Dios de Jacob, hace de él un signo que recuerda a Dios su alianza, al mismo tiempo que al hombre le recuerda su pertenencia al pueblo escogido por Dios y las obligaciones que de ello se derivan. Hay, por esta razón, una oración que precede a la operación: *“Bendito seas tú, Eterno Dios nuestro, rey del universo, que nos has santificado por medio de tus sacramentos y nos has ordenado practicar la circuncisión”*.

Terminada la operación, es el padre quien recita esta otra bendición: *“Bendito seas tú, Eterno Dios nuestro, rey del universo, que nos has ordenado hacerle entrar en la alianza de Abraham nuestro Padre”*.

A lo que responden los asistentes: *“Del mismo modo que ha entrado en la alianza de Abraham, pueda también entrar en el estudio de la Torá y en el cumplimiento de las buenas obras”*.

32. La familia es especialmente importante en la liturgia doméstica de la Cena de Pascua, el *Seder* de Pascua, que recordaba y hacía presente la salida liberadora de Egipto. Esta fiesta muestra claramente, ya en su institución, cómo es una fiesta doméstica en el sentido más amplio, ya que se puede convocar a ella a vecinos y amigos. En tal celebración tiene un papel presidencial el padre *como cabeza de familia*; el encendido de las velas por la mujer *como transmisora de la fe*; las preguntas rituales formuladas por el menor de los hijos.

33. El carácter familiar y litúrgico se extiende a las comidas del inicio del Sabbath, puesto el sol el viernes y tras haber asistido al oficio en la sinagoga; las bendiciones, la oración en familia (el Shemá o profesión de fe, que lógicamente recitaban en la sinagoga, pero también en casa tres veces al día); costumbres

como la **mezuzá**, trozo pequeño de pergamino en el que están escritos dos pasajes de la Torá (el **Shema Yisrael** y otro) y que puesto en un estuche es fijada en la parte superior de la entrada de cada pieza en todo hogar judío. Todo muestra la importancia de la familia como lugar privilegiado de culto y, a la vez, con una *relación fuerte con el culto oficial del Pueblo de Israel*.

34. Bendiciones, alabanzas y peticiones ha escuchado Jesús de labios de José y de María al comer, al salir de casa, al marchar a la sinagoga para el oficio del Sabbath o en tantas y tantas ocasiones que en la vida familiar existían para entrar en contacto con el Dios de la alianza que ha escogido a Israel. Un hermoso libro titulado **Así rezaba Jesús**, de Rober Aron (Desclée, Bilbao 1988), nos ilustra el ambiente espiritual de los hogares judíos del siglo I y, por tanto, del hogar de José y de María.

Ciertamente, Jesús, el Señor, vivió todos estos aspectos familiares de la oración y de la preparación y prolongación de la liturgia de la sinagoga cada sábado y, tras cumplir 12 años, la gran liturgia del templo de Jerusalén en Pascua, Pentecostés y Tabernáculos, cuando subía a la ciudad Santa como todo israelita que participaba de la Alianza con Dios. Pero, a su vez, sabemos que extendió el concepto de familia a los que acogen la Palabra de Dios y la ponen por obra; de modo que pueden ser su madre y sus hermanos.

35. Familias y discípulos/amigos de Jesús, sus seguidores nos dice el libro de los Hechos que se reúnen en torno a una casa familiar: quedaba muy cercana la vivencia de la última Cena en el Cenáculo, en la que Cristo, como padre de familia, dirige la cena pascual, en la que instituye la Eucaristía, celebración de los de casa. Sabemos, por ello, que partían el pan en las casas tras la Ascensión del Señor. La casa se convierte así en un lugar de encuentro.

36. Desde esa época de la primitiva Iglesia, como testimonia san Pablo, el matrimonio, origen de la familia, es visto como algo sagrado, como un misterio o sacramento que tiene que ver con Cristo y la Iglesia. No es extraño, pues, que en la casa se prolongue la oración, a imagen de lo que se hace en la Eucaristía. Incluso, en ocasiones, se lleva el pan consagrado a casa para la comunión diaria, como sabemos por las primitivas Iglesia del Norte de África.

37. Tal vez como expresión de oración familiar se grababa en el mismo muro occidental de la casa una cruz, signo bautismal y recuerdo de la victoria del Resucitado. Se valoraba la misión familiar de la mañana –Laudes– y al atardecer, coincidiendo con el encendido de las lámparas a la caída de la tarde, mientras que la oración nocturna queda restringida al ámbito conyugal.

38. Es la época llamada de los Santos Padres (siglo II/III al VIII) se generaliza la bendición de la mesa en familia y son frecuentes las reuniones para leer juntos la Palabra de Dios. Tenemos preciosos testimonios en San Juan Crisóstomo sobre la experiencia religiosa de la familia como “pequeña iglesia”. Citemos algunos textos:

Será obligación constante de los padres crear en su casa un clima profundamente religioso.

- “El marido... no busque otra cosa, en las acciones y palabras, que el modo de llevar su propia familia a una mayor piedad; también la madre custodiará la casa, pero tendrá una preocupación mayor que ésta: que toda su familia haga lo que se refiere al reino de los cielos”⁵.

Particularmente exhorta san Juan Crisóstomo a hacer de la propia casa una Iglesia mediante la lectura y meditación de la Palabra y la transmisión a los familiares de lo que se escuche en la Iglesia:

- “Vuelto a casa, prepara una doble mesa, una de alimentos, otra de la sagrada lectura. Que el marido repita lo que se ha dicho, y la mujer acoja la enseñanza. Haz de este modo de tu casa una Iglesia...”⁶ (...) “En efecto, donde están el salmo, la oración, los cánticos de los profetas, no fallará quien quiera llamar iglesia a tal reunión (...) Cristo mismo se hará presente, en una mesa familiar que sea momento de oración... Así también este lugar se transformará en una Iglesia”⁷.

39. Existía, pues, en esta época de la historia de la Iglesia, una estrecha unión de la oración familiar con la celebración de la Santa Misa en el templo, con el ritmo del Año Litúrgico e incluso con la Liturgia de las Horas. Esta interacción apenas se da hoy. Los actos de piedad que se hacían en casa casi han desaparecido en nuestro entorno.

III. La familia y la catequesis

1) *La difícil labor de dar la vida*

40. Partamos de una constatación: en el proceso de catequesis, en el recorrido de lo que podríamos llamar “¿cómo hacer un cristiano?”, los adolescentes, los jóvenes y aún ellos y ellas en la primera parte de la edad madura encuentran una mayor dificultad para tener no sólo una información sino una formación

5. Hom. in Mt. 26, 3-4

6. Hom. in Gn. 6, 2

7. Exp. in Ps. 41, 2; Hom. in Ep. ad Rom. 24, 3

en la fe suficientemente sólida que haga posible unas convicciones profundas y una voluntad decidida a sufrir pruebas en la vivencia de esa fe. El perfil del cristiano, creyente y militante, ofrece menos solidez hoy que en el pasado.

41. No pretendo afirmar que el origen de esta situación esté sólo en la familia y en la bajada de nivel en la tarea educativa de la fe que la familia tiene. No quiero ser simplista y reducir todo este problema a esta sola causa. Bien sé yo el tremendo desafío que supone la secularización, la cultura que no es expresión de la fe, la situación descrita por Juan Pablo II en la encíclica **Veritatis Splendor** cuando no se ve unión entre verdad y bien. Pienso sinceramente que generaciones pasadas –que fuimos tan buenos o tan malos como nuestros jóvenes hoy–teníamos respecto a éstos una ventaja: *crecimos en un universo donde las cosas, los acontecimientos, los cambios, el entramado de la vida sabíamos en general donde colocarlos, en qué lugar situarlos*. A los más de la generación actual les sucede como a un grupo de personas que, al entrar en una casa o apartamento o despacho, no hubiera allí nada donde colgar abrigos, chaquetas, bufandas, paraguas, etc. y hubiera que dejar todo, por necesidad, desordenadamente en cualquier lugar, al propio arbitrio, sin que la señora de la casa te indique la percha o el utensilio apropiado para que esas prendas descansen, porque no existe.

42. Pero volvamos a la familia, ese espacio esencial en la constitución de la persona, ese espacio *natural* en peligro. Yo reconozco que mis padres, con pocos medios y menos preparación, formaban con mis hermanos/as (tengo 8) un universo que orientaba y daba sentido religioso a mi persona. ¿Por qué aquella familia, con menos medios, educaba mejor en la fe y, sobre todo, con más eficacia? A mi modo de ver, porque la familia, que surgía de un matrimonio, estaba más cohesionada y podía ejercer mejor su función educadora. No cabe duda. Pero hoy también la vida del hombre recibe su ritmo esencial de algunos aspectos fundamentales de la existencia: el nacimiento, el amor, el trabajo y la muerte y en el cruce de estas dimensiones fundamentales de la existencia está también hoy la familia. Ella constituye el espacio humano esencial al interior del cual se suceden los acontecimientos que influyen de modo decisivo en la constitución de la persona y en su crecimiento hasta la completa madurez y libertad.

43. El nacimiento acontece en la familia. Uno no es por virtud propia y no se nace si no es pasando a través de la libertad de un padre y de una madre, de la unión de sus cuerpos y la unidad de su persona. El momento del nacimiento sella una experiencia fundamental que influye de modo indeleble en el ulterior progreso de la vida de aquel que viene al mundo. Nacemos totalmente

indefensos y dependiendo del adulto que cuida de nosotros. El bebé no está en condiciones en ese momento de tener relaciones de reciprocidad: no puede dar nada al que le da comida, calor o *dodotis* limpios. Sólo puede vivir por un puro don.

Es interesante recalcar, sin embargo, que el niño que entra en el mundo lo hace en un mundo que se distingue no sólo por la presencia de objetos, en un mundo hecho de cosas. Entra en un mundo que se distingue igualmente, y en una medida aún más grande, por la presencia de revestimientos afectivos que definen la jerarquía y el sentido de los objetos en él presentes. *El espacio, en el que su vida se desenvuelve, está habitado por una presencia que normalmente es la de sus padres.* A través de este espacio asimila él no la ideología explícita de la pareja, sino la actitud real de los padres frente a sí mismos y al mundo. En última instancia, el niño asimila el sentido de la vida como don, cuando en el padre y la madre reconoce, por ejemplo, que su presencia creativa, la relación personal entre ellos, y lo que ofrecen al recién nacido, se inscribe dentro de una presencia más grande y misteriosa que constituye el ser como tal.

44. Ese universo en el que nacemos, y al que llamamos familia, lo ha descrito magníficamente Olegario G. de Cardenal, en un libro publicado a raíz de la muerte de su madre:

“Todo hombre nace de padre y madre; con padre madre crece y sin padre y madre se queda en la vecindad de la muerte. Cada uno de ellos es un ladera indivisible del único persona; ambos constituyentes, ambos irreductibles, ambos innegables. No se puede surgir físicamente sin padre y sin madre; no se puede llegar a ser persona sin padre y sin madre. La carencia de una de estas dos laderas deja al sujeto en un desvalimiento constituyente, a merced de una debilidad acongojadora durante toda la vida o a merced de una reacción violenta y ciega, que se expresa como destrucción de un mundo que le ha negado el cariño de madre o el sostén de padre. Ambos son las dos muletas con que este niño perenne, que es el hombre, avanza en la vida...”⁸

45. A mi modo de ver, este universo es el que está en peligro. No digo de extinción, pero sí en degradación profunda y progresiva, como tantos de nuestros entornos naturales. Y la razón es la descristianización y secularización de nuestra cultura. A pesar de que para los españoles la familia sea, también en 2012, la institución más valorada. Porque la pregunta es: ¿qué familia? No basta cualquier tipo de familia para educar y no digamos cualquier unión de hecho.

8. Olegario González de Cardenal, *Madre y muerte*, Salamanca 1993 (Pág. 16-18)

No podemos ignorar que se educa en la medida en que se crea ambiente espiritual del cual se impregnan los hijos. Crear este ambiente ha sido siempre difícil y hoy lo es más. Pero me parece una verdad casi absoluta el hecho de que la educación sólo se lleva a cabo por ósmosis. De ahí la importancia de crear un medio familiar altamente “impregnante”, rico en valores espirituales, en sustancia espiritual. En mi opinión, la verdadera dimensión de la familia (y no hablo sólo del matrimonio-sacramento cristiano) en la práctica está hoy, cuando menos, alterado.

46. Cuando dos jóvenes, impulsados por su amor, deciden asumir el vínculo conyugal, fundan un hogar (=espacio vital). Ahora bien, no es únicamente la presencia del cónyuge lo que constituye el hogar. Es necesario que de esta presencia amorosa irradie el efecto, y se encarne en ella. El amor, comunicándose, se materializa; al hacerlo, se convierte en vida, y es entonces cuando el hogar existe verdaderamente (no hablo de las parejas que no pueden tener hijos). Es decir, la pareja se transforma en familia. Se organiza una nueva comunidad, basada nada menos que en la afinidad de sangre, unidad en la multiplicidad. En ella, *el amor es el lazo que une espontáneamente a padres e hijos*, que se convierte recíprocamente en la razón de ser mutua.

47. Los hijos encuentran en el matrimonio, del cual han nacido, la causa de su propia existencia; ésta, a su vez, da una justificación a los esposos y al amor que les anima. Lo mismo ocurre con los hijos: que son siempre, a partir de su concepción, el fin de los padres. Los niños sólo existen (o deberían existir, dadas las posibilidades de la ingeniería genética actual) porque un hombre y una mujer han querido ser padres y madres; pero, paralelamente, padre y madre viven para sus hijos, a los cuales deben consagrar lo mejor de sí mismos. La existencia de una relación esencial de reciprocidad que liga a padres e hijos, expresada socialmente por medio de la comunidad familiar, es lo que resulta atacado y puesto en solfa en práctica por nuestra sociedad. Y este ataque influye más de lo que parece en la parejas que piden sacramento a la Iglesia.

2) *La difícil labor de enseñar la vida: ser padre y madre*

48. La difícil labor de enseñar la vida es justamente la de ser padre y madre. Porque dar la vida es sólo el paso inicial para la existencia de los hijos. Pero viene, a continuación, la difícil labor de *enseñar la vida*. ¿Y cómo hablarles a muchas de las parejas que se casan de este aspecto del matrimonio, cuando tan frecuentemente, impulsados por una libertad sexual reduccionista y vendida a presión por los Medios de Comunicación Social, se abandonan al mecanismo de las hormonas y se someten exclusivamente a los impulsos del deseo, sin

más? La escuela de la existencia es, antes que nada, el hogar y los maestros de la existencia, con quienes los niños aprenderán a ser lo que fueren, los padres.

De esto no habla la cultura dominante o lo hace a muy pequeña escala. Nosotros, los pastores y cuantos trabajan con la familia, lo sabemos, pero no logramos crear un clima propicio para que la familia sea lo que es. Es algo evidente, por ejemplo, que una gran parte de las obligaciones morales que los esposos se impongan en el matrimonio, o que se impongan al matrimonio en cualquier sociedad, están determinadas por las exigencias de su situación de padre y madre. Se les puede exigir a éstos una serie de deberes, porque el matrimonio ha dado vida y debe, ahora, enseñar a los hijos a vivir.

49. A partir del día en que se han vuelto padre y madre, los cónyuges se han despojado de sí mismos, algo que debería haber sucedido ya evidentemente en la celebración y vivencia del sacramento. La paternidad, al ser un don, es obviamente un despojo: los niños son, sin duda, poseídos por sus padres... Pero, a su vez, los hijos poseen también a los padres. En realidad, siempre es así, salvo que estemos en casos de perversidad. Cuando nace el hijo, despoja a sus padres de su propia vida; a partir de ese instante, ellos son literalmente poseídos por los hijos/as.

50. Se concibe, generalmente, la relación paterno-filial en sentido contrario, lo cual es un grave error. Es importante que los cónyuges tomen conciencia de este aspecto fundamental de su situación: **despojados de sí mismos**, ellos son poseídos por sus hijos. Sin embargo, es corriente encontrar a padres que conciben a su familia en términos de propiedad. Esta situación no es sólo del pasado, cuando la autoridad paterna era más fuerte. Hoy también hay padres para los cuales sus hijos son para ellos un **tener**, con lo que se saltan el carácter moral de la paternidad.

51. La educación en la fe en el ámbito de la familia nos permite ver qué tipo de magisterio ejercen los padres. Yo no puedo hablar aquí de la educación en general. Debo ceñirme a la educación en la fe y, apurando más, a la catequesis o proceso catecumenal y qué papel juegan ahí los padres. Ninguno o muy leve sería si no hay ese clima, ambiente, comunidad, de amor de que hemos hablado. La educación es un todo, una globalidad, y depende de la armonía de todos los factores. Ahora bien, en la educación en la fe la familia tiene que conseguir, como en toda educación:

- Que el hijo/a pueda “irse” de casa a una edad, que se valga por sí mismo, y no sea un inútil a quien todo se le da hecho
- Que sea capaz de asumir la realidad, la suya propia y la de los otros,

y de no vivir siempre en la ensoñación

-Que sea capaz de hacer su ofrenda, vivir desde el amor, y no desde su egoísmo.

-Que sepa integrarse en la comunidad de los hombres y mujeres que le rodean y de entregarse a la tarea común de construir este mundo, desde una actitud solidaria.

-Que se capaz de asumir la presencia de Dios, la trascendencia de la vida, y el seguimiento de Jesucristo.

52. La docencia de todo esto no la hacen los padres y los demás miembros de la familia con clases magisteriales; es otro tipo de pedagogía que consiste en:

-Que sepan los hijos que los padres se aman. Hay parejas que sin duda se quieren, pero tienen la mala sombra de que ante sus hijos sólo discuten, y nunca hacen nada que pueda dar a entender a los niños que se quieren.

-Que haya coherencia en los padres entre lo que se dice y lo que se hace. Si el niño y el joven ven que los padres dicen unas cosas y hacen otras, crece en ellos la inseguridad, la inestabilidad, el “estar mal”. Para esto no hace falta ser perfecto. El niño asume fácilmente el fallo ocasional, cuando constata una coherencia habitual.

-Que los padres estén cerca sin ser cargantes, acompañando a los hijos en su crecimiento. También el religioso. A los hijos hay que dedicarles tiempo. Pero lo deben hacer los dos esposos; no sólo la mujer.

53. El que unos padres sepan mucho o poco, estén más o menos preparados, sean más o menos autoritarios..., en el fondo y con tal de que no cree situaciones extremas, no importa demasiado. Pero sí que unos padres sean seres alegres, tengan ilusión, transmitan esperanza, puedan soportar un escepticismo sistemático. Necesitan alegría en torno suyo, al menos habitualmente. Frases del estilo de: “¡Qué asco de vida!”, “¡Que cruz!”, “¡Que a gusto me iría de esta casa!”... se oyen con demasiada frecuencia y eso daña al niño.

3) El despertar religioso del niño en la familia: aspectos importantes

54. El despertar religioso del niño/a en la familia tiene, de este modo, una importancia vital, pues evidentemente la influencia de los padres, negativa o positiva, en la educación en la fe y en el proceso catequético de los hijos no puede suplirse fácilmente. *De ahí el papel insustituible de los padres en la Iniciación cristiana de sus hijos*, sea en el Bautismo de párvulos o de niños en

edad escolar. Veamos simplemente cómo incide en el despertar religioso vivido en familia. Esa primera evangelización, antes de que se inicie un proceso de catequesis, es tan importante que sin ella el acto catequético es mucho más difícil, como indica CT, n° 19.36.68.

En el libro de Ester, 14, 5 se dice:

“Señor mío, único Dios nuestro. Desde mi infancia oí, en el seno de mi familia, cómo tú, Señor, nos escogiste entre las naciones, para ser tu heredad perpetua”.

Este interesante texto nos habla de una ley constante en el campo de la iniciación cristiana, en la educación en la fe y en la catequesis; nadie da lo que no tiene. Para un despertar religioso adecuado y sólido de los hijos, los padres deben haber despertado antes religiosamente. Ya la misma experiencia del embarazo en unos padres creyentes supone una novedad en la fe para ellos. Cabe decir lo mismo del parto: ese momento único de la llegada de un nuevo ser hace a los padres sentirse creadores con Dios y modifica necesariamente la vida de relación de la pareja con Dios, con la Trinidad. Los padres pueden descubrir mejor qué significa que Jesucristo naciera niño, comprender lo que significa un Dios Padre, que crea por amor y no puede desentenderse de nosotros, que tiene paciencia con nosotros, que no se cansa de darnos cada día una nueva oportunidad; comprenderán mejor que la vida no es algo que se da de una vez por todas. La vida del hijo, desde el nacimiento, interroga a la fe de los padres y podrán aprender una de las lecciones más duras de la vida: que los hijos no son suyos ni son para ellos. Que la vida, que a través de su amor se les transmitió, viene de Dios, y en Él sólo tiene su fin. Que Dios no es alguien a quien un buen día decidimos presentar al hijo. A un niño no se le presenta, en una ceremonia, a su padre y su madre. Con Dios pasa igual.

55. La Iglesia transmite a la familia su propia característica, dijo el Papa a unos grupos familiares el 6 de abril de 1986. Es hermoso lo que Juan Pablo II dijo en Nagasaki en una ordenación de presbíteros en 1981:

“Recuerdo con profunda emoción el encuentro que tuvo aquí en Nagasaki entre un misionero que acababa de llegar y un grupo de personas que, una vez convencidas de que era un sacerdote católico, le dijeron; “Hemos estado esperándote durante siglos”. Habían estado sin sacerdote, sin iglesias y sin culto durante más de doscientos años. Y, sin embargo, a pesar de las circunstancias adversas, la fe cristiana no había desaparecido, se había transmitido dentro de la familia de generación en generación. De esta manera, la familia cristiana demuestra la inmensa

importancia que ella tiene en lo que refiere a la vocación a ser cristiano (...). En el momento en que me dispongo, como sucesor de Pedro, a ordenar a nuestros sacerdotes para nuestra nación, quiero exhortar a cada familia cristiana del Japón a ser verdaderamente una “iglesia doméstica”. Un lugar donde se dé gracias y alabanza a Dios, un lugar donde su palabra se escuchada y su ley obedecida, un lugar donde se eduque para la fe y donde la fe se alimente y se fortalezca, un lugar de caridad fraterna y de mutuo servicio, un lugar de apertura a los demás especialmente a los pobres y necesitados”.

56. Parece, pues, que *sin la decidida y comprometida cooperación de los padres no es prácticamente posible transmitir de modo efectivo la fe a las nuevas generaciones*. La razón es muy sencilla: los padres no son sólo los primeros, sino cada vez más en nuestra sociedad secularizada, los más importantes testigos de la fe. El niño necesita ser protegido con un entorno familiar estable. Ellos esperan de los padres amistad y orientación. De ellos han de aprender, por encima de todo, a distinguir el acierto del error, a elegir el bien en lugar del mal.

57. Por esta razón insiste Juan Pablo II:

“No privéis a vuestros hijos de su legítimo patrimonio humano y espiritual. Instruidlos sobre Dios, habladles de Jesús, de su amor y de su Evangelio. Enseñadles a amar a Dios y a respetar sus mandamientos en la conciencia clara de que ellos son, ante todo, sus hijos. Enseñadles a rezar. Enseñadles a ser personas maduras y responsables, ciudadanos honrados de su país. Es un privilegio estupendo, una obligación grave, una misión maravillosa que habéis recibido de Dios. Con el testimonio de vuestras vidas cristianas, los preparáis a asumir su legítimo lugar en la Iglesia de Cristo” (Homilía en la Misa en el Hipódromo “Belmont”, en Perth, Australia, 30 de noviembre de 1986).

58. Juan Pablo II llega a llamar a la familia **locus** privilegiado de la catequesis. Sabemos bien que en los primeros años de vida de los niños se lanzan las bases y el fundamento de su futuro. La clave del problema está en que los padres comprendan la importancia de su misión a este respecto. En virtud no sólo del bautismo, sino también del matrimonio son ellos los primeros catequistas de sus hijos; educar en la fe es continuar el acto de la generación. En la niñez y adolescencia Dios pasa de manera particular (como dice el Directorio Catequístico general, 79) “a través de la intervención de la familia”, de esa “íntima comunidad de vida y amor” (GS 48). Con otras palabras lo

dice Juan Pablo II, en una homilía en la fiesta del Bautismo del Señor con bautismos de niños:

“Así, pues, acordaos siempre, queridos padres, queridos padrinos y madrinas, de esta responsabilidad vuestra: engendrar a estas criaturas a la vida de los hijos de Dios. Lo deberéis, lo podréis hacer como miembros de la comunidad eclesial. **La maternidad de la Iglesia debe pasar a través de vosotros.** Ciertamente, esta maternidad se manifestará también, hasta cierto punto, por medio de la presencia del sacerdote, del religioso/a. Pero jamás olvidéis la función insustituible ejercida por un sano ambiente familiar, que justa y repetidamente es llamado “Iglesia doméstica”. La familia es la primera escuela para la formación moral y religiosa y para la transmisión de los valores más queridos” (13 de enero de 1985).

CONCLUSION

59. Al final de esta carta me queda una preocupación: ¿Cómo animar en cada parroquia a las familias cristianas a vivir la gran tarea que Dios les ha dado? Siento como algo primordial que nuestras familias tengan una ayuda práctica en la vida cotidiana ante las diferentes dificultades para ser padres hoy. Esa ayuda debe proporcionarla la gran Iglesia o, si se quiere, la comunidad cristiana primordial que es la parroquia y las instituciones que existen en nuestra Diócesis: movimientos familiares, catecumenados, grupos eclesiales. Yo he querido contribuir con mi granito de arena: esta carta pastoral quiere ser sencillamente una posibilidad de reflexión y de ánimo, en el momento de emprender un nuevo Plan diocesano de Pastoral y, en concreto, iniciar este curso 2012-2013. Me siento cerca de vosotros y quiero acompañaros. Tengo presente la importancia de que la Iglesia nazca y crezca en los corazones, en el hogar doméstico y en la Iglesia que es una familia. No me mueve otro interés que la cercanía a vosotros y a vuestras luchas por sacar adelante vuestras familias. Es lo más grande y lo más necesario.

60. Estuve en el primer encuentro mundial de las familias con el Papa Juan Pablo II en Roma. Era el año 1994. Y escuché de sus labios con voz vibrante:

“Familia, ¿qué dices de ti misma? Al inicio del concilio Vaticano II oí por primera vez palabras semejantes. Pero el cardenal que las pronunció en lugar de familia dijo: “Iglesia, ¿qué dices de ti misma?”. Se trata de un paralelismo. Cuando, antes de este encuentro, reflexionaba y oraba, este paralelismo entre las dos preguntas se me quedó grabado en el corazón

y en la memoria, familia, ¿qué dices de ti misma. Una pregunta, una pregunta que espera respuesta (...) Familia: ¿qué eres? Encontramos una respuesta ya en los primeros tiempos cristianos. En el periodo postapostólico: “yo soy la iglesia doméstica: En otras palabras: yo soy una *Ecclesiola* (...); dimensión apostólica y universal de la Iglesia, por una parte; y dimensión familiar, doméstica, de la Iglesia, por otra. Ambas viven de la mismas fuentes, también tienen el mismo origen en Dios: en Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo (...) En este misterio encuentra su manantial la Iglesia, y también la familia, la iglesia doméstica” (Juan Pablo II, Discurso a las familias y peregrinos el 8 de octubre de 1994).

61. Ha de ser, pues, este curso un año apasionante. Toda la Iglesia diocesana quiere ser una familia, que le preocupe y participe de las alegrías y penas de toda la familia humana; toda familia cristiana ha de sentirse acompañada por la gran Iglesia y dispuesta a ser “iglesia doméstica” capaz de evangelizar. Muchos acontecimientos ayudarán a vivir esta experiencia. Estad atentos, pues el Espíritu Santo sigue hablando a las Iglesias (cfr. Apo 2, 7). Él os dará fuerzas para la tarea familiar y eclesial; por vosotros y vuestros hijos; velará por las comunidades eclesiales y sus pastores; velará por los religiosos y consagrados en su vocación específica; velará por los fieles laicos y responsables de movimientos y grupos apostólicos. Y velará por vuestro obispo que celebrará pronto los 25 años de su ordenación episcopal. ¿Rezaréis por mí? Siento vuestra cercanía. La necesito, porque al que mucho se le dio, mucho se le pedirá. Santa María, Madre del Señor interceda por vosotros.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA,
Arzobispo de Toledo
Primado de España

8 de septiembre 2012.

En la fiesta de la Natividad de la Virgen María, Madre de Guadalupe.

II. ESCRITOS DOMINICALES

LA PREOCUPACIÓN DE LA IGLESIA

Escrito dominical, 2 de septiembre

Con septiembre muchas cosas cambian; otras tienen los mismos perfiles. Eclesialmente, ya desde el inicio de este mes, nos vamos preparando para las actividades normales en casa, en la parroquia; en el horizonte diocesano, delegaciones y servicios pastorales inician su tarea y nos acercamos al día 22, Jornada de inicio del curso pastoral en el Colegio de Infantes; el día anterior, fiesta de San Mateo, asistiremos muchos a la ordenación episcopal de Monseñor José Rico Pavés, nombrado por el Papa en Julio pasado obispo auxiliar de Getafe. Por él, hasta ahora sacerdote diocesano, oramos y pedimos la fuerza del Espíritu Santo.

Nos fijamos ahora en las cosas que agosto no ha solucionado: paro, destrucción de empleo, familias necesitadas, conflictos y manifestaciones de protesta ciudadana, futuro incierto. ¿Y qué dice la Iglesia de estos problemas? La Iglesia no dice nada; la Iglesia hace. Pero, ¿a qué se refieren los medios, los agentes sociales y políticos, los columnistas e editorialistas cuando utilizan en este contexto la palabra «Iglesia»? Por lo general se refieren a la Jerarquía de la Iglesia. Y eso es una falacia, porque la Iglesia Católica es ante todo una comunidad eclesial, ciudadanos españoles que suman un tanto por cierto muy elevado de la población de nuestro país.

Esta cantidad tan grande de personas está haciendo mucho, porque son familias que ayudan a sus miembros sin trabajo; son personas con responsabilidad política y social que aportan soluciones; son voluntarios en ONG's católicas o no, o voluntarios en Cáritas o Manos Unidas y otras organizaciones católicas preocupadas por los más pobres; son familias y personas solidarias que echan una mano a enfermos o vecinos; son propietarios de empresas que luchan por mantener los puestos de trabajo; son monjas de clausura o religiosas de vida activa que oran y se comprometen con la gente; son muchas personas que a veces no se notan, pero que constituyen un tejido social formidable. También lógicamente la Iglesia es el Obispo y ese número de sacerdotes diocesanos y religiosos que perdonan, celebran la Eucaristía, animan y aportan tantas cosas enormemente necesarias para esta sociedad.

Me parece, pues, un tanto injusto preguntar solamente qué dicen los obispos ante la situación de nuestro país. Hemos dicho mucho, siguiendo la pauta de la Doctrina Social de la Iglesia. Pero, ¿se hace mucho caso de lo que

decimos? o, ¿acaso hemos de seguir el ejemplo de los que llevan a cabo acciones llamativas y estrambóticas que nada solucionan? Preferimos ayudar en cuanto está a nuestra mano, en lo que exige nuestra condición de seguidores de Jesucristo: amor preferencial por los pobres. También exigir a los poderes públicos soluciones posibles, no utópicas, y atención a los más necesitados de nuestra sociedad.

Durante todo este tiempo yo, como obispo diocesano, no he dejado de recordar a los católicos diocesanos la responsabilidad que como Iglesia tenemos en estos momentos, pero sin olvidar lo primordial: anunciar la necesidad que el ser humano tiene de Dios y de Jesucristo. Sin esta riqueza, que es Dios, de poco valdría en realidad lo que hacemos. Reitero lo que dije el día de la Virgen de Sagrario en la Catedral: «Son vanos todos los esfuerzos del hombre para salvarse a sí mismo, pero vano es también todo intento de vivir sin preocuparse de su salvación».

NUESTRA SEÑORA

Escrito dominical, 9 de septiembre

También septiembre dedica muchos días a celebrar a la Madre del Señor, sobre todo en la fiesta de la Natividad (pienso en Ntra. Sra. de Guadalupe y o del Prado y tantas otras) y de la Virgen de los Dolores (La Soledad). En realidad la Virgen está presente en nuestras comunidades con mucha frecuencia a lo largo del año. Nos faltaría algo muy importante sin ella en la Iglesia: nos faltaría la Madre, la mujer que nos recuerda en fidelidad a Dios y su Alianza, la intercesión, la ternura y la acogida de María, que, como parte de la Iglesia, es el seno y el lugar donde nos sentimos a gusto con Dios y, por supuesto, con su Hijo Jesucristo.

Muchos de vosotros tal vez hayáis estado recientemente en Fátima, Lourdes o cualquier otro santuario mariano. Un grupo de familias, con sus hijos, pequeños y no tan pequeños hemos estado, en efecto, en Fátima durante una semana en el VII Encuentro de Familia y Vida. Una experiencia gratificante, sin duda, pues nos ha permitido adentrarnos en temas importantes para la familia y hemos gozado de una convivencia entre padres e hijos, unidos por la fe cristiana. Hemos celebrado, además, en Fátima, un espacio para la oración y la cercanía de la Virgen, que nos ha hecho mejores.

Hemos aprendido a creer del modo sencillo de los pastorcillos de Fátima. Y hemos entendido lo que dijo aquí Benedicto XVI en mayo de 2010: que no hemos de envidiarlos porque ellos tuvieron revelaciones profundas de la Virgen. “Más aún, aquella luz presente en la interioridad de los pastorcillos, que

proviene del futuro de Dios, es la misma que se ha manifestado en la plenitud de los tiempos y que ha venido para todos: el Hijo de Dios hecho hombre. Que Él tiene poder para inflamar los corazones más fríos y tristes, lo vemos en el pasaje de los discípulos de Emaús (cf. Lc. 24, 32) Por lo tanto, nuestra esperanza tiene un fundamento real, se basa en un acontecimiento que se sitúa en la historia a la vez que la supera: es Jesús de Nazaret”.

Esta es nuestra esperanza: Cristo. Él es el tesoro más grande de la Iglesia, que queremos anunciar con el Evangelio (Buena Noticia) con decisión en el curso pastoral que en breve empezará. Recuerden el día 22 de septiembre, Jornada de inicio del curso pastoral. Esta es la perspectiva de nuestra evangelización: la familia. Ella es la que mejor puede realizar en su seno de “Iglesia doméstica” la iniciación cristiana de sus hijos, con la gracia de Dios y la donación del Espíritu Santo. Queremos, sin duda, llegar a otros muchos ámbitos necesitados de Cristo, pero subrayamos el de la familia cristiana. No podemos olvidar en estas circunstancias a María, la Madre del Señor. En Guadalupe comenzaremos, pues, a los pies de la Virgen morenita el Año de la Fe el día 14 de octubre. Vele ella por nosotros, la Patrona de la Hispanidad; de su templo marcharon muchos a llevar la fe de Cristo, como gracia, don y riqueza para los pueblos. Que Ella nos guíe.

Necesitamos rezar a nuestro Dios, para que todos nuestros esfuerzos de evangelización lleguen a su meta. Hay que confiar en el Espíritu Santo que nos hará intrépidos y audaces en la evangelización y en poner nuestro esfuerzo en la Iniciación cristiana. La Virgen nos alcanzará, si se lo pedimos, la gracia de Cristo para ser comunidades atrayentes, que sorprendan a los jóvenes y a tantos cristianos fríos en la práctica de nuestra religión, para que sean “firmes en la fe”, como cantamos y anhelábamos en la JMJ Madrid 2011. Mucho le agrada al Señor la oración confiada. Yo os la pido, como garantía de un buen inicio de curso en nuestras parroquias, en nuestros grupos y movimientos apostólicos

LA ALEGRÍA DE NUESTRA FE

Escrito dominical, 16 de septiembre

A lo largo del Año de la Fe (11 de octubre 2012-24 de noviembre 2013) me propongo muchas veces hablar por este medio de los contenidos fundamentales del Credo, la carta grande de la doctrina y de la vida cristiana. Necesariamente tendré en cuenta al Catecismo de la Iglesia Católica (1992) y su Compendio (2005). También beberé del Concilio Vaticano II, pues la gracia de ese Concilio no se ha agotado. Igualmente, será Benedicto XVI quien me guiará en mis palabras, porque él ha dado lo mejor de sí mismo para iluminar no sólo la verdad

de la fe, sino la alegría de la fe que proporciona el encuentro con Jesucristo.

El Papa pone insistentemente el acento precisamente en el no-reconocimiento, la pérdida o la marginación del primado de Dios. Por el contrario, el Credo pone a Dios como principio de todo, la fuente de las verdades del hombre, el que ha creado el cielo y la tierra, en la que ha hecho la morada del ser humano y ha ordenado su existencia según su designio divino. El hombre y la mujer, en efecto, no son un producto casual de la evolución, sino la señal viviente del poder de Dios; han sido creados en el Verbo que “existía en el principio”, y han sido llamados a una misión de sabia responsabilidad hacia la creación, para su bien y su salvación.

Por ello, quien vive sin conocer ni orientarse a Dios, estableciendo una relación de amor con Él, se separa de la fuente de la vida. A pesar de que ninguno haya visto a Dios y, aunque podamos conocer su existencia con la capacidad racional que nos ha dado, Él mismo se ha hecho visible y cercano a través de aquel amor que constituye su esencia misma, como recuerda san Juan en su primera carta (4,8.16). Para nosotros la cumbre de la revelación de Dios es Jesucristo, en el que tomado realmente rostro, se ha manifestado y ha actuado. Él es Aquel que ha sido mandado a encarnar la verdad del Padre y ser así la estrella Polar del camino de los hombres para guiarnos a la verdad sobre nosotros mismos.

Este será el horizonte de esta colaboración mía en el nuevo curso, dirigida a los fieles cristianos de Toledo y a quien quiera oírme o leerme en tantos medios que hoy tenemos de comunicarnos. Soy consciente de que buscar a Dios en el rostro humano de Cristo es también ponerse en la perspectiva de esta verdad que nace de un designio de amor, pero que se proyecta en una comunidad, la Iglesia Católica, que vive de amor. Yo no puedo separar a Cristo de su Iglesia. Sería no responder a la verdad y, en el fondo, rechazar cuanto el Verbo de Dios nos ha revelado. Ya sé que Cristo se distingue de la Iglesia, pero como se distingue la cabeza del cuerpo. Él ha querido unirse a su Cuerpo, que es la Iglesia, formando lo que se llama en la tradición cristiana “el Cristo total”.

Eso ha sido posible porque Cristo “al tercer día resucitó”. La resurrección de Jesucristo no es solamente la verdad central y decisiva de la fe, sino también el comienzo de un nuevo tiempo de la historia. En el momento en el que “Jesús sube al cielo”, los suyos no se sienten solos ni abandonados. Están convencidos que siempre estará presente en medio de ellos, de una forma nueva. Comienza ya, por tanto, en el tiempo de la Iglesia, el Reino de Dios, universal, de amor, de justicia y de paz; comienza también la nueva existencia del hombre reconciliado, redimido y regenerado en Cristo, empujado por la gran esperanza suscitada por la muerte y la resurrección.

La característica de la comunidad cristiana en los primeros siglos es el estupor: descubrir de un Dios que ama, y que ha enviado a Jesucristo, en todo

semejante a nosotros menos en el pecado. La presencia de Cristo en medio de los cristianos creó un ambiente de alegría, de fraternidad y de acogida a quienes aceptaban al Señor. Su fe es una fe convencida, madura, valiente que transforma radicalmente sus vidas, en un seguimiento e imitación de Jesús, al servicio de la fe.

LA ALEGRÍA DE NUESTRA FE: DIOS PADRE (1)

Escrito dominical, 23 de septiembre

Nos situamos en el Cenáculo, tras la última Cena, en la oración de despedida de Jesús, antes de caminar al huerto de los Olivos, donde será entregado. Noche impresionante, momento crucial de Cristo antes de morir. Es una oración de intercesión de Jesús a Dios Padre por las futuras generaciones de creyentes; también por ti y por mí: “No sólo ruego por ellos, sino también por los que crean en mí por la palabra de ellos (Jn 17,20). Mira Cristo más allá del Cenáculo hacia el futuro. Significa esto que esa oración de Jesús no se queda simplemente en el pasado: Él está siempre ante el Padre intercediendo por nosotros. También quiere atraernos a nosotros a su oración, una oración de unidad, de nuestra unidad. Esta unidad se parece a una lucha de Jesús por nosotros y con el Padre. Cuanto más nos dejamos atraer por esta dinámica, tanto más se realiza la unidad, la comunión en la Iglesia. Cuanto más nos alejamos del deseo ardiente de Cristo, tanto más contribuimos al caos de la desunión.

¿Acaso ha desoído el Padre a Jesús? El drama de la desunión entre los cristianos, un verdadero desastre, Cristo la soporta, pero lucha y la sufre con nosotros, los seres humanos. Sí, hermanos, una y otra vez Él debe soportar el rechazo a la unidad, y aún así, una y otra vez se culmina la unidad con Él, y en Él con el Dios unitario. Es decir, el pecado del hombre, que reniega de Dios y se repliega en sí mismo, camina junto a las victorias de Dios, que sostiene la Iglesia a pesar de su debilidad y atrae continuamente a los hombres y mujeres dentro de sí, acercándolos de este modo los unos a los otros.

Toda esta tendencia a la desunión y a alejarse de la unidad en el ser humano contrasta con la unidad fundamental de la fe cristiana. Consiste en el hecho de que creemos en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y la tierra. Que lo profesamos como Dios Trinitario: Padre, Hijo y Espíritu Santo. Siempre hemos confesado que la unidad suprema no es una soledad, una realidad encerrada en sí misma, sino una unidad a través del amor. Creemos en el Dios, en el Dios concreto, que ha llegado a nosotros. Creemos que Dios nos ha hablado y se ha hecho uno con nosotros. Y la tarea común que tenemos en la nueva evangelización es dar testimonio de este Dios vivo.

Tenemos que estar muy convencidos de que el ser humano tiene necesidad de Dios, que donde hay Dios, allí hay futuro. O, ¿acaso las cosas van bien sin Él? Tal vez estamos en un momento de la historia de nuestra España que podemos considerarla como una primera fase en la que se siente la ausencia de Dios de modo global, pero su luz sigue mandando sus reflejos y mantiene el orden de la existencia humana; también muchos tienen la impresión de que las cosas funcionan bastante bien sin Dios. Pero el Papa Benedicto y otros muchos testigos de la historia actual nos están diciendo ya que, cuanto más se aleja el mundo de Dios, tanto más resulta claro que el hombre, en la desmesura del poder, en el vacío del corazón y en el ansia de satisfacción, se “pierde” cada vez más.

Pero en realidad la sed de infinito está presente en el ser humano que no se puede extirpar fácilmente, pues el hombre ha sido creado para relacionarse con Dios y tiene necesidad de Él, aunque no lo reconozca. Por eso, repite el Papa constantemente, nuestro primer servicio debe ser testimoniar juntos, con otros creyentes, la presencia del Dios vivo y dar de este modo al mundo la respuesta que necesita. Naturalmente para los cristianos de este testimonio forma parte, de modo absolutamente central, el dar testimonio de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, que vivió entre nosotros, padeció y murió por nosotros, y que en su resurrección ha abierto totalmente la puerta de la muerte.

LA ALEGRÍA DE NUESTRA FE: DIOS PADRE (2)

Escrito dominical, 30 de septiembre

Recuerdo a los lectores que me propongo en este curso pastoral hablar del contenido de nuestra fe, la que nos proporciona alegría para vivir. Seguimos hablando del Padre de los cielos. Nosotros afirmamos y creemos que existe un solo Dios, que es el Creador del cielo y de la tierra. Afirmamos, por tanto, que Él es el Dios de todos los hombres. ¿Por qué hacemos esta puntualización? Primero porque los llamados otros dioses no son Dios: así lo creemos con los creyentes judíos y los musulmanes. No es momento ahora de hablar de diferencias en esta fe en el Dios uno. También afirmamos que toda la realidad en la que vivimos se remite a Dios, es creación suya.

Ciertamente, la idea de una creación existe también en otros lugares, pero sólo aquí queda absolutamente claro que no se trata de un dios cualquiera, sino que el único Dios verdadero, Él mismo, es el autor de toda la realidad; ésta proviene del poder de su Palabra creadora. Lo cual significa que estima a esta realidad creada, criatura suya, precisamente porque ha sido Él quien la

ha querido, quien la ha «hecho». Es lo que dice el precioso texto del libro de la Sabiduría: «Te compadeces de todos, porque todo lo puedes (...). Amas a todos los seres y no aborreces nada de lo que hiciste; pues si odiaras, no lo habrías creado. ¿Cómo subsistiría algo, si tú no lo quisieras?, o ¿cómo se conservaría, si tú no lo hubieras llamado? Pero a todos perdonas, porque son tuyos, amigo de la vida» (11, 23-26). Volveremos sobre el concepto de creación, porque sabemos que existe debate en nuestro mundo sobre este tema.

Pero hay que poner de relieve otro elemento importante en lo que estamos hablando: este Dios ama al hombre. Desde la cumbre de la filosofía griega, Aristóteles trató de llegar a la divinidad, a la potencia divina que mueve el mundo, pero ella misma no necesita nada y no ama, sólo es amada (Cf. *Deus Caritas est*, 9). El Dios único en el que cree Israel, sin embargo, ama personalmente. Aquí hay una tremenda diferencia entre la Revelación que Dios hace de sí mismo y lo que los hombres y mujeres podemos reflexionar y conocer del Ser supremo por nuestras solas fuerzas. He aquí la grandeza del conocimiento de fe, de cómo Dios nos muestra su ser amable. «El hombre, mediante la razón, puede conocer que existe Dios, pero no cómo es Dios realmente. Pero como Dios quería ser conocido, se ha revelado a sí mismo» (Youcat, n. 7).

El amor de Dios es, además, de predilección: entre todos los pueblos, Él escoge a Israel y lo ama. Pero esa predilección tiene un objeto preciso: salvar precisamente de este modo a toda la humanidad. Por esta razón, Benedicto XVI afirmó en su primera encíclica algo que parecía sorprendente. El amor de Dios puede ser calificado como eros, aunque es también totalmente ágape. Ciertamente de los tres nombres griegos relativos al amor –eros, *philia* (amor de amistad) y ágape–, dice el Papa, los escritos del Nuevo Testamento prefieren ágape, poco usado en el idioma griego. Sin duda para expresar algo esencial en la novedad del cristianismo a la hora de entender el amor (Cf. *Deus caritas est* 3).

¿Significa esto que el cristianismo ha destruido verdaderamente el eros? Ciertamente los griegos consideraban el eros como un arrebató, una «locura divina», que en el campo de las religiones se ha plasmado esta actitud en los cultos de la fertilidad, la prostitución «sagrada» que se daba en muchos templos paganos. El eros, degradado a puro «sexo», se convierte en mercancía, en simple «objeto» que se puede comprar y vender. Lo que rechaza el cristianismo es dejarse dominar por el instinto.

Dice el Papa: «Hace falta una purificación y maduración, que incluye también la renuncia. Esto no es rechazar el eros ni ‘envenenarlo’, sino sanearlo para que alcance su verdadera grandeza (...) Esto depende ante todo de la constitución del ser humano, que está compuesto de cuerpo y alma. El hombre es realmente él mismo cuando cuerpo y alma forman una unidad íntima; el desafío del eros puede considerarse superado cuando logra esta unificación. Si

el hombre pretender ser sólo espíritu y quisiera rechazar la carne como si fuera una herencia meramente animal, espíritu y cuerpo perderían su dignidad. Si, por el contrario, repudia el espíritu y por tanto considera la materia, el cuerpo, como una realidad exclusiva, malogra igualmente su grandeza» (Íbid., n. 5).

III. HOMILÍAS

INAUGURACIÓN DEL CURSO ACADÉMICO 2012-2013 EN EL INSTITUTO TEOLÓGICO “SAN ILDEFONSO” Y EN EL INSTITUTO DE CIENCIAS RELIGIOSAS “SANTA MARÍA DE TOLEDO”

24 de septiembre

Parece como si este Año académico tuviéramos prisa en comenzar el curso en nuestros Institutos Teológico y de Ciencias Religiosas. Tal vez nos apremia la declaración de san Juan de Ávila como Doctor de la Iglesia; ¿o será que necesitamos trabajar más o que hay que apresurarse porque el Año de la Fe está a las puertas? ¿Y aún porque tenemos prisa por dar gracias al Señor por toda esta actividad intelectual de nuestros centros de estudios y porque uno de los alumnos de este Seminario Diocesano de Toledo ha sido elegido Obispo Auxiliar de Getafe y ha dirigido el Instituto Teológico “San Ildefonso de Toledo” en los últimos años? Para los que aman a Dios todo contribuye para el bien: elijan ustedes la razón que más les mueva en esta Eucaristía.

Hemos escuchado de labios de Jesucristo que nos convino que Él se fuera, esto es, que cumpliera el misterio pascual que el Padre le había encomendado: parece la condición para que venga el Paráclito, porque Él nos guía hasta la verdad plena. ¡Magnífico don! Y es que el objeto de nuestra fe y las cosas que enseña la Escritura son en extremo asombrosas y deslumbrantes, y son desconocidas e insólitas en cualquier otro lugar, de modo que es cierto que ninguna mente humana obtendrá la fe sin la asistencia de la Gracia de Dios.

Pienso que, tras leer el texto de Rom 4 que nos presenta la fe de Abraham, queda en el aire una pregunta: ¿hay que concluir que es verdad que la fe misma, es decir, la confianza en Dios, es un principio de acción extraño al ser humano? ¿O que es irracional? Me refiero a una fe como la de Abraham, que le llevó a creer en la palabra de Dios en contra de su propia experiencia. Muchos de nuestros contemporáneos (también entre los bautizados y los que frecuentan nuestras comunidades cristiana), al oírles hablar que hoy la fe es muy difícil, parecería que nunca jamás los hombres “modernos” nos movemos por fe o confianza más que en asuntos de religión, cuando en realidad nos movemos por

confianza a todas horas. De modo que llega a afirmar el Beato J. H. Newman que, cuando se dice que la fe es un principio religioso –para afirmar que no es humano o racional-, lo propiamente religioso son las cosas que se creen, no el acto de creerlas que es una realidad plenamente humana no irracional. Si el mundo no puede funcionar sin confianza, si lo peor que nos está ocurriendo en la sociedad europea y española actualmente es que se extiende la falta de confianza entre unos y otros, pues la desconfianza, la falta de fe, rompe los lazos de la sociedad humana, ¿por qué tenemos que aceptar que confiar en Dios y en Jesucristo y aceptar el contenido de fe es irracional? Será gracia y superará las fuerzas del hombre, que ha de ir más allá de sí mismo, pero el acto de fe no es irracional.

Por eso, si nos damos cuenta de que cuando uno no sabe de algo, lo único racional es fiarse de sus semejantes, o sea, ceder ante el juicio de otros por ser mejor que el propio, cuando alguien como Abraham presta oído a la palabra de Dios y pone sus promesas por encima de sus esperanzas de poco alcance, ¿por qué va eso contra la razón? “Si aceptamos el testimonio de los hombres –bien podría decir Abraham con san Juan-, mayor es el testimonio de Dios” (1 Jn 5,9). Así pues, concluye san Pablo: “ante la promesa divina <Abraham> no cedió a la incredulidad, sino que se fortaleció en la fe, dando gloria a Dios, pues estaba persuadido de que Dios es capaz de hacer lo que promete” (Rom 4,20-21).

Muchos objetan que si tuvieran la certeza de que Dios nos habla como habló a Abraham, sería, en efecto, una locura no creerle; pero “no oímos su voz, oímos la voz de alguien que habla en su nombre”. Parece un argumento fuerte, pero no es tal, porque lo que disgusta positivamente a muchos de nuestros contemporáneos es que se les pida creer sin ver; prefieren confiar en sí mismos más que en Dios, aunque se les llegara a demostrar que Dios realmente les está hablando. No quieren dependencias, porque confiar en otro implícitamente es reconocerse inferior a él, y esto no pueden tolerarlo. Pensarán que es impropio del hombre. Pero entonces, si son tan orgullosos, ¿por qué confían unos en otros?

Hago todas estas reflexiones simplemente para caer en la cuenta que muchos de nuestros contemporáneos tienen estas dificultades para creer. Estoy hablando a una asamblea litúrgica compuesta mayoritariamente por estudiantes de Teología y a sus profesores. Y hay que profundizar en nuestra fe y en el asentimiento de fe, para acercarnos con más humildad y sencillez a los que no creen. Tenemos que prepararnos mejor y ayudarlos a creer en Jesucristo, como servicio eclesial, porque estamos persuadidos de la riqueza que supone para la humanidad. Pero hay que partir de un hecho insoslayable: desde que nacemos somos criaturas dependientes de otros, completamente dependientes, y esa visible dependencia nos recuerda necesariamente nuestra

más verdadera y profunda dependencia respecto a Dios.

Los que creemos obedecemos a Dios principalmente porque realmente sentimos su presencia en nuestra conciencia; y otros pueden darnos la razón para no creer en que confían más en sus sentidos y en su razón, porque son suyos, que en las palabras, por ejemplo, de los ministros de Dios. Ahora bien, si confían en sus sentidos y en su razón, ¿por qué no confían en su conciencia? ¿No es también suya la conciencia? Su conciencia es tan parte de sí mismos como la razón.

No tengamos miedo, pues, de animar a la búsqueda fascinante de Dios también en nuestro tiempo, como si fuera una ingerencia en el “autónomo hombre moderno”. El Papa Benedicto, que convoca a toda la Iglesia a un Año de la Fe, también para confesar nuestra fe, tiene siempre la audacia de invitar a esa búsqueda. Merece la pena escuchar como lo ha hecho no hace muchos días:

“El hombre es una criatura de Dios. Hoy, esta palabra –criatura- parece casi pasada de moda: se prefiere pensar en el hombre como en un ser realizado en sí mismo y artífice absoluto de su propio destino. La consideración del hombre como criatura resulta incómoda, porque implica una referencia esencial a algo diferente, o mejor, a Otro –no gestionable por el hombre- que entra a definir de modo esencial su identidad (...). Sin embargo, esta dependencia, de la que el hombre moderno y contemporáneo trata de liberarse, no sólo no esconde o disminuye, sino que revela de modo luminoso la grandeza y la dignidad suprema del hombre, llamada a la vida para entrar en relación con la Vida misma, con Dios (...).

Incluso cuando se rechaza o se niega a Dios, no desaparece la sed de infinito que habita en el hombre. Al contrario, comienza una búsqueda afanosa y estéril de falsos infinitos que pueden satisfacer al menos por un momento (...) Así, el hombre sin saberlo, va en busca del Infinito, pero en direcciones equivocadas: en la droga, en una sexualidad vivida de modo desordenado, en las tecnologías totalizadoras, en el éxito a cualquier precio, incluso en formas engañosas de religiosidad. También se corre el riesgo de absolutizar las cosas buenas, que Dios ha creado como caminos que conducen a Él, convirtiéndolas así en ídolos (...).

Es necesario erradicar todas las falsas promesas de infinito que seducen al hombre y lo hacen esclavo. Para encontrarse verdaderamente a sí mismo y la propia identidad, para vivir a la altura del propio ser, el hombre debe volver a reconocerse criatura, dependiente de Dios (...). El hombre está hecho para un Dios infinito que se ha hecho carne, que ha asumido nuestra humanidad para atraerla a las alturas de su ser divino (...). Estamos hechos para el Infinito. Y Dios quiere nuestra felicidad, nuestra plena realización humana” (Mensaje a los participantes del Meeting de Rímíni, 19.08.2012).

En 2012 el Año de la Fe llega como un gran desafío para la profundización

en la fe. ¿Qué espera el Papa en este año, que estamos seguros que será muy importante en su pontificado? Hay que ser conscientes que la actual crisis de fe, en la que Dios parece volverse un gran desconocido y Jesús un gran personaje del pasado, lleva consigo como resultado un ser humano abandonado a sí mismo, solo y confundido, a merced de fuerzas de las que no conoce siquiera el rostro. Por todo ello, tenemos una gran tarea por delante: testimoniar de muchos modos a Dios, anunciándolo a quienes no le conocen, o le conocen poco, y profesando esa fe en el Dios Trino y Uno, Padre, Hijo y espíritu Santo.

Pero, como afirmó Benedicto XVI, en su discurso a la C.E.I el 24.V.2012, “no habrá relanzamiento de la acción misionera sin la renovación de la calidad de nuestra fe y de nuestra oración; no seremos capaces de dar respuestas adecuadas sin una nueva acogida del don de la Gracia; no sabremos conquistar a los hombres para el Evangelio a no ser que nosotros mismos seamos los primeros en volver a una profunda experiencia de Dios”. Santa María, la Virgen fiel, interceda por nosotros y con nosotros al Espíritu Santo en este inicio de curso 2012-2013.

SECRETARÍA GENERAL

I. DECRETOS

NOS, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia que nos presenta la Hermandad de San Roque, con domicilio social en la iglesia parroquial de Santiago Apóstol de VILLANUEVA DE ALCARDETE (Toledo), junto con los Estatutos por los que han de regirse, solicitando la aprobación de los mismos, así como la erección canónica de la Hermandad, como persona jurídica pública de la Iglesia.

Examinados los referidos Estatutos en los que se determinan el objetivo social de la Hermandad y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado diocesano de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente;

DECRETO

1. La aprobación de los Estatutos de la Hermandad de San Roque de VILLANUEVA DE ALCARDETE (Toledo), según la redacción de Estatutos que se acompañan a este oficio, aprobados en Asamblea General del 14 de junio ppdo., y verificados por el Canciller-Secretario.

2. La erección canónica de la Hermandad, quedando constituida en asociación pública de la Iglesia en esta Archidiócesis, y le concedemos personalidad jurídica pública.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, que contribuya a propagar la devoción y culto a San Roque, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 4 de septiembre de 2012.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
JOSÉ LUIS MARTÍN FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller-Secretario General

NOS, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia que nos presenta la Hermandad de la Santa Cruz y Santa Elena, erigida canónicamente el 11 de febrero de 1991 y con domicilio social en la iglesia parroquial de Santa María de la Asunción de OCAÑA (Toledo), solicitando la aprobación de los nuevos Estatutos reformados conforme a las normas canónicas y diocesanas vigentes;

Examinados los referidos Estatutos en los que se determinan el objetivo social de la Hermandad y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado de la Delegación de Religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente;

DECRETO

La aprobación de los Estatutos por los que en adelante ha de regirse la Hermandad de la Santa Cruz y Santa Elena de OCAÑA, según la nueva redacción aprobada en la Junta General ordinaria celebrada el 3 de abril de 2011 y verificados por el Canciller-Secretario.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 4 de septiembre de 2012.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
JOSÉ LUIS MARTÍN FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller-Secretario General

NOS, DOCTOR DON BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
por la misericordia divina Arzobispo de Toledo, Primado de España

Aceptada la instancia que nos presenta la Hermandad del Santísimo Cristo de la Viga, con domicilio social en la iglesia parroquial de San Juan Bautista de UGENA (Toledo), junto con los Estatutos por los que han de regirse, solicitando la aprobación de los mismos, así como la erección canónica de la Hermandad, como persona jurídica pública de la Iglesia.

Examinados los referidos Estatutos en los que se determinan el objetivo social de la Hermandad y visto que se encuentran en todo conforme a lo preceptuado por el Código de Derecho Canónico (cc. 301 y 312 al 320), y obtenido previamente el dictamen favorable del Delegado diocesano de religiosidad Popular, Hermandades y Cofradías, por el presente;

DECRETO

1. La aprobación de los Estatutos de la Hermandad del Santísimo Cristo de la Viga de UGENA (Toledo), según la redacción de Estatutos que se acompañan a este oficio, aprobados en Asamblea General de la Hermandad del 17 de junio ppdo., y verificados por el Canciller-Secretario.

2. La erección canónica de la Hermandad, quedando constituida en asociación pública de la Iglesia en esta Archidiócesis, y le concedemos personalidad jurídica pública.

Confío que la Hermandad ayude a todos sus miembros a vivir una vida cristiana más profunda y auténtica, que contribuya a propagar la devoción y culto a Nuestro Señor Jesucristo bajo el título de Santísimo Cristo de la Viga, así como a un mayor compromiso caritativo y apostólico.

Dese traslado a la Hermandad un ejemplar de los Estatutos, con el presente Decreto, y guárdese otro ejemplar en el Archivo de esta Curia.

Dado en Toledo, a 4 de septiembre de 2012.

✠ BRAULIO RODRÍGUEZ PLAZA
Arzobispo de Toledo
Primado de España

Por mandato de Su Excia. el Sr. Arzobispo Primado,
JOSÉ LUIS MARTÍN FERNÁNDEZ-MARCOTE
Canciller-Secretario General

I. NOMBRAMIENTOS

El Sr. Arzobispo ha firmado los siguientes nombramientos:

Con fecha 8 de septiembre:

- D. Juan Muñoz García, capellán y encargado de la Pastoral general del Colegio Joaquín Alonso, de las Misioneras de la Providencia, de Talavera de la Reina.
- D. Ángel Gómez Negrete, capellán y encargado de la Pastoral general del Colegio La Salle, de Talavera de la Reina.